

## Y nada de luz

Al abrir la puerta de entrada, tu departamento te abraza luminoso, con colores, reflejos y olores que te alegran. Los muebles gastados, fotos antiguas, las cortinas a medio correr, la lámpara que quedó encendida y otros detalles te acogen con guiños de familiaridad.

Para ti es una delicia llegar a este nido. Cierras la puerta, te sacas el abrigo y en vez de ir a colgarlo, lo apiñas sobre una orilla del sofá. Es que queda más cerca. De ahí vas a la cocina, enciendes la estufa eléctrica y conectas el hervidor. La primavera brota por todos lados, pero has sentido frío ahora último.

Vuelves al sofá y reamoldas el abrigo, para crear un espacio donde sentarte; el resto del mueble lo ocupa la ropa que te trajeron de la lavandería. La bolsa que traes de la farmacia la pones sobre la mesa de centro, cerca del tazón con borde teñido de café. Lo acompaña un jarro de mate con bombilla, a medio consumir desde ayer. Un paquete con pocas galletas completa el conjunto. Ahí mismo, en otra orilla, Borges, O. Henry y Cortázar se apilan como lecturas pendientes.

Te arrellanas en el respaldo en busca de alivio. Recorres las paredes donde, enmarcados, te sonríen hijos y nietos, alternados con diplomas desvanecidos que datan de tiempos de prestigio. La alfombra, el sofá desteñido, el equipo de música de otra época y una caja con revistas que ya no se publican testimonian historias, aficiones, y amores. Repasas el espacio con satisfacción. Respiras profundo, te sientes seguro y te sientes aliviado..

El agua hirvió. Te levantas para preparar una infusión. Luego, con el jarro de agua caliente vas al final del estar y te acodas en tu esquina preferida del ventanal. Desde ahí, mirando en diagonal y por entre tantos edificios nuevos, ves el mar. Como acostumbrabas desde que llegaste al departamento, hace más de veinte años, ahora contemplas las

tonalidades del cielo, que cambian sin pausa a medida que la noche va llegando. «Cuando veo estas luces me alegro mucho. La puesta del sol me provoca sensaciones de trascendencia», comentas a tus hijos en almuerzos familiares de tarde en tarde.

Trajiste pechuga de pavo asada para cenar. Quedará perfecto con una copa de agua mineral saborizada. ¿O, mejor, un salpicón de atún con verduras cocidas? Tu ascendente en géminis siempre te tienta con lo uno y con lo otro. ¡Y qué importa! Distráido o no, en estos años has sido feliz, aunque ahora olvidas algunos compromisos, extravías de pronto las cosas o pierdes noción de qué día es.

La noche llega más oscura que en días anteriores. Hay vaguada y se pondrá frío. Vas a preparar la comida. Rumbo a la cocina pasas frente al espejo. Observas que los ojos parecen más rojos que tus labios descarnados; entre el cuello y la barbilla, algunas manchas se han extendido. Sabes que no es culpa de la edad ni del sol.

Pero no es momento para revisiones y pones fin al autoexamen. Para cenar, en definitiva, eliges un pollo con arroz que la señora del aseo guardó en el refrigerador. Mientras lo calientas, revisas los mensajes del celular. Tus hijos preguntan cómo te sientes. Carolina, la mayor, te recuerda que tienes consulta mañana, a las tres. Ella te llevará. Piensas responder que no gaste tiempo, que puedes ir solo, pero sabes que ellos son más felices sintiéndose necesarios. Le agradeces su compañía.

Al otro día, mientras abrochas la camisa, el especialista te observa con sonrisa impersonal, como los botones de su delantal, y te notifica: Deberás mudarte a un nuevo lugar. «Estoy bien donde vivo. No entiendo este cambio, doctor», le dices. «Es inevitable, señor. Los exámenes son concluyentes». Respalda su afirmación meciendo un legajo de papeles con el logotipo intimidante del laboratorio. Quedas sin respiración. Anhelas volver

a tu departamento, para descansar y retomar la vida en tu propio espacio, a tu propio ritmo. Estás harto de exámenes y clínicas.

- Puede ser dentro de un par de meses, ¿verdad?
- Un par de semanas —hace una pausa— como máximo.

Enseguida guarda los exámenes en un sobre corporativo, y lo entrega a tu hija.

Carolina los recibe. A tu lado, evita mirarte y se suena una y otra vez. Dice que está con alergia.

En la calle, aferrada a tu brazo, te conduce a paso lento a una acogedora cafetería, a la vuelta de la clínica. Te propone probar un té exótico y un queque de zanahorias. No se quita las gafas; su voz suena diferente. La decisión médica no te deja espacio para procesar tantas señas. Estás derrumbado y solo finges. Eres el padre y quieres parecer un hombre fuerte hasta el final.

Para distraerla, propones que te lleve a la casa de cada uno de tus hijos para verlos a ellos y a todos los nietos. Quieres regalinearlos y recargar el alma con sus cariños, uno por uno. Aseguras que te hará bien. «Tienes que preparar tu bolso, papito. Solo lo indispensable. Ahora sí que no puedes ser cachurero. El lugar es bueno, muy bien equipado para lo que viene, pero tendrás poco espacio». Cada una de sus palabras te estremece.

Pasas la primera semana, la de tregua, elaborando listas con las cosas que repartirás a tus hijos, nietos, sobrinos, amigos y conserjes. También has anotado lo que llevarás al nuevo lugar: Fotos familiares importantes como la del matrimonio de tus papás, y la de tu aniversario con Jacqueline y todos los hijos. Como adorno, alguno de los platos de porcelana de tus abuelos. La biblia junto con la foto de tu primera comunión, tu mejor bata. El seleccionar es un martirio. No queda tiempo para seguir usando tus cámaras fotográficas, o leer los libros que tienes como pendientes. La angustia de desprenderse de cama, ropa,

y objetos queridos no te deja dormir. En las noches te abrigas con la bata y recorres cada pieza; abres y cierras cajones de las cómodas y las puertas de los clósets. Terminas instalado frente a los ventanales, absorto en todas las luces. En especial, las de los barcos que esperan en la bahía.

Los niños llaman para preguntar cómo estás y para saber si has avanzado en ordenar. «Así vas a estar más tranquilo y te sentirás mejor», dicen. «Claro que sí», respondes por cortesía.

Ahora no solo miras los crepúsculos, sino que te aferras a ellos. Varias noches has dejado de leer y comer, pues te quedas pegado a tu ventanal favorito hasta bien pasada la medianoche. Observas las luces de los departamentos lejanos, que van apagándose mientras la noche se hace oscura y fría. Saboreas la amargura de comprender que así como esas luces que se apagan, se reducen también los momentos que te quedan en tu hogar.

Llega el día. Desde la bodega subes tu maleta con ruedas. Acá guardarás lo esencial. ¿Y las escrituras del departamento y las de tu empresa? No has podido encontrarlas.

A media mañana llaman Carolina y Margarita. «Papito, ya está todo arreglado; debes mudarte hoy; no te atrases» recuerdan. «¿Pero que no quedan tres días todavía?» protestas para confundirlas. No hay caso. No aceptan pretextos. Una hija habla mientras la otra, ahí cerca, solloza. «Estamos resfriadas» pretextan.

Antes de que vengan, dejas la maleta cerca de la puerta y vas por el abrigo. Algo pasa luego. Después llegas al nuevo lugar, aunque no es el mismo que dispuso el médico. Éste es el que tú elegiste años atrás. No tienes certeza de cómo ha ocurrido ni en qué día estás.

Álamos, acacias, robles y otros árboles bordean verdes senderos, llenos de vida. Sus follajes arrullan a caminantes silenciosos, cabizbajos. Al doblar por uno de esos caminos multicolores, divisas a tus hijos, nueras y yernos. Están de pie, casi en círculo, junto con tus

nietos amados. La felicidad te traspasa y corres hacia ellos por entre los parques continuos. Vas rápido, quizás volando. Ya más cerca, los llamas. ¿Por qué no te ven? Es extraño pues miran en esta misma dirección. Cruzas entre varios macizos floridos y los alcanzas. Quieres, atrapar al nieto menor por sorpresa. Estiras los brazos, lo coges, pero tus manos no pueden sujetarlo. El pequeño sigue jugando con un globo con tus colores favoritos, sin verte ni sentirte. Tus hijos, con gafas oscuras y narices enrojecidas, pasan a centímetros de donde los contemplas. ¡Se ven tan bien vestidos! ¿Acaso estás soñando? Entonces miras al otro lado y descubres que, bajo un dosel verde y rodeado por coronas de flores, tú mismo estás listo para descender al nuevo lugar. Te detienes. Quieres aclarar lo que ha ocurrido para que no se culpe a nadie, pero no pueden oírte. Además, los engranajes comienzan a crujir y entonces descienes con lentitud irreversible. En ese nuevo lugar, allá abajo, tendrás poco espacio y nada de luz.